

NUEVOS DISPOSITIVOS PSICONALITICOS: *la paradoja final* (*)

Alfredo Grande

La denominada regla fundamental de la técnica psicoanalítica propone una paradoja profunda. En efecto: si el asociar libre fuera posible sería también imposible. Veamos: asociar implica un recorrido significativo por relaciones de continuidad y contigüidad, por deslizamientos metafóricos y metonímicos. En un sentido amplio, pero riguroso, este asociar está limitado y restringido. Podríamos decir, limitado en la singularidad de la novela familiar del neurótico y en la tragedia familiar del psicótico. A esto se ha denominado el "determinismo psíquico" y no en vano Freud representa una corriente filosófica saturada de positivismo. Pero esta determinación psíquica que torna imposible una asociación libre, también determina la libertad de la asociación. Porque el nivel fundante de todo acto psíquico (y la asociación libre lo es en un sentido pleno) es el deseo y muy especialmente el deseo de desear. Esto puede denominarse pulsión erótica. Cuanto más imposible parece toda asociación, cuanto más encadenado está el discurso por el predominio del control superyoico, cuando nadie puede escuchar el ruido de las rotas cadenas, irrumpe, el ruido de todos los ruidos. El síntoma. Las cadenas del significante han sido rotas, y las formaciones del inconciente nos ponen en el sendero de una libertad, generada desde la absoluta no libertad de la asociación libre. ¿Cómo es este pasaje de la no libertad, es decir del repliegue superyoico, a la libertad, es decir, al despliegue erótico? Esto es lo que podemos denominar un efecto de dispositivo. El dispositivo es por lo tanto la potencia de anulación de una paradoja pragmática. Es el sable que cortó el nudo del tirano Gordias y salvó la vida del héroe. Cuando la paradoja pragmática no puede ser atravesada genera parálisis pasiva o activa. El dispositivo es un montaje artificial que posibilita la aparición del acontecimiento, la actualización de virtualidades inventa el nuevo radical. Decir dispositivo es decir un agenciamiento o apropiación deseante. El dispositivo es el deseo del paciente y el deseo del terapeuta que han logrado acuerdos de sentido (una máquina semiótica) y acuerdos de conductas (una máquina pragmática) para que los deseos trabajen. Esto se ha denominado alianza terapéutica. El paradigma del dispositivo clásico, el diván, legitimó aquello que la sociedad victoriana desde su panóptico de control no podía autorizar: la regresión libidinal. El diván fue por lo tanto dispositivo en tanto la regresión libidinal (aunque también tópica y temporal) permitió cortar el nudo de la doble moral sexual cultural y su correlato de nerviosidad moderna.

Cuando el diván y la prescripción de sesiones pasó a estar más allá del principio de la realidad y se transmutó en un automatismo mental, corporal y vincular, ligado a los instituidos científicos, el dispositivo pasó a ser mero equipamiento. Baluarte dogmático de una casta de mandarines destinados a alimentar a los escasos faraones psicoanalíticos. Estos también se denominaban didactas. El dispositivo tiene la misma relación con el equipamiento que una botella de vino reserva rellena con vino "de la casa". Es la misma etiqueta pero la calidad no es, por cierto, la misma. A los equipamientos podríamos denominarlos viejos dispositivos psicoanalíticos y no faltarán instituciones denominadas "oficiales"

que los veneran. Nosotros(**), más ligados a la suboficialidad o directamente a la tropa, hemos apostado a los nuevos dispositivos psicoanalíticos. Pero esta formulación también es una paradoja mucho más radical (en el sentido filosófico, naturalmente) que la anterior. Porque en tanto nuevo no podemos afirmar que sea psicoanalítico. Y en tanto psicoanalítico, tampoco podemos pensar que sea nuevo. En forma inesperada nos encontramos con otra artimaña de Gordias, justo cuando pensábamos que lo habíamos burlado para siempre. Los modernos mandarines de los ahora mucho más numerosos faraones sonríen irónicamente. "¡¡Esto no es psicoanálisis, esto no es psicoanálisis!!" proclaman en forma histeroide, echándonos para siempre Edén de Villa Freud.

Pues bien: iremos a meditar al este del paraíso, para poder entender quién es el Caín y quién el Abel del psicoanálisis. Para descifrar la paradoja no tendremos que renunciar a nuestra condición de idiotas del pesebre (ver cap. 20). Los equipamientos totalitarios prohíben (de diferentes maneras, algunas muy ingeniosas, pero siempre prohíben) el arte de la metacomunicación. Es decir, pensar en términos de clases y por lo tanto de tipos lógicos de esas clases. Es obvio que la clase de los perros no es un perro. Pero no es tan obvio que la clase de los demócratas no es una democracia y que a lo mejor la clase de los psicoanalistas no es psicoanálisis. Prohibir metacomunicar es reducir el conceptos a la representación, la representación a la cosa, la cosa a lo que el poder dice que son las cosas. "La única realidad es Menem" dicen los afiches de la propaganda oficial. Se produce la siniestra ecuación entre realidad y verdad. Entre el horizonte virtual y el actual. De esta situación al doble pensar y al neo habla que propone George Orwell en su novela "1984" hay un paso, pero un muy corto paso.

Para que los nuevos dispositivos psicoanalíticos puedan ser atravesados en su afirmación paradójica, tenemos que ejercer la libertad de metacomunicar. El reino de la libertad es el reino de la novedad. Por lo tanto la afirmación de nuevos no está en un mismo tipo lógico que la afirmación psicoanalíticos. Para graficar lo que estoy expresando lo haré a así:

PSICOANALITICOS

DISPOSITIVOS

NUEVOS

en el cual se observa un salto, un deslizamiento entre una afirmación y la siguiente.

Reordenando el concepto, diría que la propuesta es la construcción de dispositivos psicoanalíticos que permitan la aparición de lo nuevo. Y que este nuevo (un nuevo técnico, teórico, ético, político, artístico, erótico) en vez de ser desestimado con el anatema "esto no es psicoanálisis", sea recuperado con la apuesta: esto es un devenir psicoanalítico... Y el devenir es azaroso, pero no insensible a las influencias.

Una forma de prohibir la metacomunicación es permitirla en forma condicionada. Es el caso de los que permiten las denominadas preguntas ingenuas, para siempre responder con las citas del evangelio de turno. En estos casos hay una metacomunicación ilusoria, que siempre termina ratificando la teoría del que administra su saber, aunque afirme que se trate de un supuesto saber. La metacomunicación también permite sortear la siniestra ecuación entre saber y verdad. Porque los psicoanalíticos dispositivos productores de lo nuevo intentan generar los espacios y los tiempos para que una verdad pueda ser enunciada. Y no proponen ningún tiempo para que esa verdad se constituya en un saber.

Apuesto a los nuevos dispositivos psicoanalíticos. Intuyo que como las plantas silvestres están en muchos lados, aunque no les prestemos atención. Que vienen de muy lejos y seguramente el mismo Freud fue más productor de dispositivos que de equipamientos. Al menos el Freud que buscó la verdad, aunque a pesar de él mismo, no pudo evitar encontrarse con el saber que sus mandarines le dijeron que había creado. Y nadie puede enfrentar al mas poderoso saber, que es el de la Esfinge, y salir indemne.

No provocaremos a la Esfinge, pero tampoco retrocederemos ante ella. Este será el desafío de nuestra propuesta, que no tiene la seguridad de una tierra prometida pero si la convicción de una apuesta compartida.

() Este trabajo fue escrito como documento interno para el grupo organizador de los tres coloquios sobre Nuevos Dispositivos Psicoanalíticos realizados durante el año 1995. Fué publicado en TOPIA REVISTA en el número 13. Año 5. Abril 1995.*

*(**) Me refiero a los organizadores del Centro de Formación sobre Nuevos Dispositivos Psicoanalíticos. Alfredo Caeiro, Cesar Hazaki, Gabriela Beker, Liliana Sanchez, Victoria Posteraro, Enrique Carpintero y yo mismo.*